

CAMINOS DE MADRID, SAN SALVADOR Y PRIMITIVO



JUANJO JESÚS RAFA JUAN SAÚL



JULIO, AGOSTO 2015

EL CAMINO MADRID SANSALVADOR PRIMITIVO

O LO QUE ES LO MISMO

“LA IMPOSIBLE”

El título viene a cuento para describir rápidamente lo que ha sido esta ruta de rutas. Sí, estas frases o lemas dan el significado a lo que hemos experimentado durante este itinerario. La primera expresión crea confusión y deja claro que se puede mostrar más claramente y entender su significado con un golpe de vista. Partimos sin tener claro muchas cosas, eso sí, que íbamos desde Madrid a Santiago. Lo que ahora sabemos y sin ninguna duda, es que este camino es imposible como dice el título final, y que se entiende sin más. Es imposible llevarla a cabo en bicicleta tal como se concibe las rutas con esta máquina. Otra cosa es la flagelación y la aventura de la desventura. Pero eso sí, una vez atravesado lo que hemos dejado atrás, es como si te sintieras más reconfortado, como si hubiéramos tomado una medicina que nos aporta vitalidad, fortaleza. Sin embargo, no creo que lo repitamos al menos por los mismos lugares. Uno sí, el de la etapa octava, el del paso por el Alto del Palo por el camino Hospitales como hicimos. De la misma manera, nunca habría que transitar por Pajares como lo hicimos: PELIGRO y MIEDO con mayúsculas es lo que sentimos al abordar Pajares en las condiciones que lo hicimos, pese a la muñeca rota de Jesús que aguantó como un mártir hasta el final, hemos de dar gracias a que todo se quedara en eso.

Todo lo demás, como el recorrido por la calzada romana, los trayectos de firme imposible y las pendientes intransitables se quedan en historietas, lo mismo que aquellos descensos complicados. De todos estos tramos emergieron heridas, rasguños, caídas y un sinfín de pinchazos y averías. Pese a su dureza y contratiempos, cuando todo acaba, todo queda en anécdotas si todo termina bien.

Podemos recordar y dar fe de la soledad de los pueblos, de la paz y exuberancia donde la naturaleza sigue impoluta; del paso del verano al otoño y viceversa. Y también de los aprovechaos, de los intachables y de los “me caso pa tener mujer”.

Pero lo mejor de todo: los majestuosos bocatas del almuerzo a cielo abierto. Que aproveche hermano.

1ª- Lunes, 27 de julio:

Madrid - Cercedilla 82 km

Esta etapa llevaba consigo el punto de encuentro que fue la estación de autobuses de Tarancón. Rafa traía una especie de mantecado típico de Tarancón, que comimos antes de subir al autobús que sobre las once nos dejaría en Madrid muy cerca de Atocha, en una especie de garaje-estación donde montamos las alforjas en la bici. Nada más salir del mismo lo primero que hicimos fue comprar agua, unos plátanos que nos los comimos isop facto y un melón del que daríamos cuenta por la tarde. Seguidamente nos desplazamos hasta la Plaza de Santiago para empezar el camino desde la puerta de la iglesia de Santiago y San Juan Bautista, que según la historia es el punto de partida más antiguo del camino de Santiago desde Madrid.



El día era caluroso y a estas horas soportable. Para evitar el tráfico dimos un rodeo, pasamos por el Palacio Real que estaba con bastantes turistas viendo el cambio de guardia; poco después tomamos un carril bici por la Casa Campo y más tarde empezamos a cruzar rotondas y calles hasta llegar al camino de Santiago, que nos conduce a través de un sendero arenoso

y continuos toboganes sobre un firme bastante insoportable. El camino a veces discurría por un carril bici pegado a la autovía y que a la postre nunca debimos dejar.

A campo abierto el día se nos hizo sofocante. Por un lado porque no teníamos claro por dónde íbamos y por otro por un calor ahora asfixiante que hizo que nos quedásemos sin líquido rápidamente, casi sin darnos cuenta. La cuestión es que llegado a un punto, encontramos dos flechas amarillas que se apuntaban entre sí, por lo que tomamos el camino que había entre



ambas. Un cuesta radical y empinada sobre un firme más exigente todavía; con más de cuarenta grados y con una sed imperiosa que nos ahogaba en el martirio en el que habíamos caído. Llegamos de nuevo al carril bici; deshidratados y ansiosos por beber como un sediento en el desierto que divisa un oasis al que nunca llega. Dejamos las tribulaciones y directamente nos dirigimos a Colmenar Viejo que se avistaba en la lejanía. Pocas veces hemos deseado tanto llegar a un lugar como en este momento.



Nos sentamos en la terraza de un bar y en cuanto pudimos le rogamos al camarero que nos pusiera agua y más agua que luego ya veríamos que comeríamos, lo urgente era salir de la UVI.

El camino desde Colmenar hasta a Navacerrada, por llamarle de alguna manera, es insoportable.

Hay que bajarse de la bici y arrastrarla una y otra vez por sendas estrechas, con surcos y rodeadas con rocas o pedruscos que no permiten el paso de las alforjas. Los tramos con firme pedregoso y arena son auténticas autopistas comparado con este trayecto, de hecho no íbamos ni a seis km por hora. Para más inri, el agua era pura sopa y no se vislumbraba ocasión de proveerse. Paramos a la sombra de unas encinas y dimos cuenta del melón que compramos por la mañana. Un poco después, en una ermita pudimos tomar agua. Había un grupo de personas sentadas, parece ser que iban hacer yoga o algo por el estilo, después de escuchar unas batallitas proseguimos la marcha. Una hora más tarde llegamos a Manzanares, donde en un parquecillo pudimos abastecernos de nuevo del agua necesaria.

Continuamos hacia Navacerrada, donde el camino era casi impracticable para las bicis. Una odisea, tanto que llegamos a Navacerrada sobre las nueve, con el regalo de una subida por una calle,



por cien poco le faltaba, y después trepar con la bici a cuestras por un montículo abrupto que casi acaba con nuestras fuerzas. Inmediatamente cruzamos la carretera a Segovia, por donde sigue el camino, y al ver que se izaba por terreno tan escabroso como el que acabábamos de pasar y no se vislumbraba su final, decidimos tomar la carretera que nos llevaría directamente y cuesta abajo a Cercedilla. Llegamos a tiempo de comprar algo para cenar y al polideportivo donde pasamos la noche.

Cuando cerraron el polideportivo, nos dejaron a oscuras, excepto unas luces en los pasillos que van a las duchas. Pero abrimos la puerta por la que teníamos que abandonar la instalación al día siguiente y cenamos en la calle donde soplaban un aire algo fresco. Luego, sobre unas colchonetas pasamos la noche en la misma pista de juego, escuchando el aire huracanado que fuera arremetía con fuerza.



2ª - Martes, 28 de julio:

Cercedilla – Coca 105 km

Sobre las ocho, con los bares cerrados y prácticamente sin tomar nada, algunas cosas que sobraron del día anterior, salimos sin tener como objetivo ningún lugar de meta. Mañana fresca que viene bien porque enseguida empezamos a subir, siempre por un bosque que es lugar de esparcimiento del lugar. Llegamos a un punto en que el



camino atraviesa una calzada romana que nos obliga a arrastrar la bici en una pendiente, como no, espeluznante. Encontramos una pareja de excursionistas que al escucharnos decir que por aquí es impracticable seguir, nos anima a continuar, pues nos dicen que un km más arriba saldremos a la Carretera de la República, es un camino, y entonces seguir por ella hasta llegar al Puerto de la Fuenfría, límite de Madrid y Segovia. La distancia fue algo mayor, pero el esfuerzo mayúsculo. Sin embargo, en vez de tomar el camino de la República, nos dio por seguir rectos por la calzada. Una calzada totalmente desmembrada que parece más un desprendimiento de piedras. Es un test tanto para las bicicletas como para nuestro estado de forma. Salir airosos de esta prueba es tener garantía que aparezca lo que aparezca más adelante no será insuperable. Así lo pudimos comprobar a doscientos metros de la cima, donde tanto la calzada como su pendiente se hacen infranqueables, excepto para



nosotros, claro. El escalar este puerto como lo hicimos, sólo se puede realizar tempranamente, cuando el Sol aún está aletargado. El pensar que andar por aquí a mediodía sería, no un martirio, sino un suicidio, daba arrestos para continuar sin

objeciones. El pisar la Carretera de la República en la cima, no podía hacer olvidar que manera de flagelarnos sin más. Además de un contrasentido, ya que siempre decíamos que no hay que darle la espalda a la aventura y sin embargo, ascendimos por la calzada porque ésta nos aseguraba que íbamos por el buen camino. Tal vez, pesó más el masoquismo que llevamos dentro que el espíritu aventurero del que alegremente presumimos.

Una vez coronado el Puerto de la Fuenfría, un descenso muy técnico y por tanto peligroso, nos deja en Segovia. Compramos en un súper a la entrada y también muy cerca, en un parque repusimos fuerzas con el oportuno bocadillo. Como no podía ser de otra manera, realizamos el correspondiente tour de fotos del Acueducto y la catedral desde la cual reprendimos la ruta. Tuvimos unas dudas y tras un escarceo enseguida nos pusimos en el vía correcta dejando a nuestras espaldas Segovia.

La mañana era calurosa, pero una brisa fresca hacía agradable la marcha; ahora sobre un camino agradable y sin sobresaltos. Comimos en Santa María la Real de Nieva. A partir de aquí, el camino se hace senda y la marcha empieza a torcerse paulatinamente, es un incordio transitar sobre un firme arenoso con tramos impracticables, entre pinares inmensos

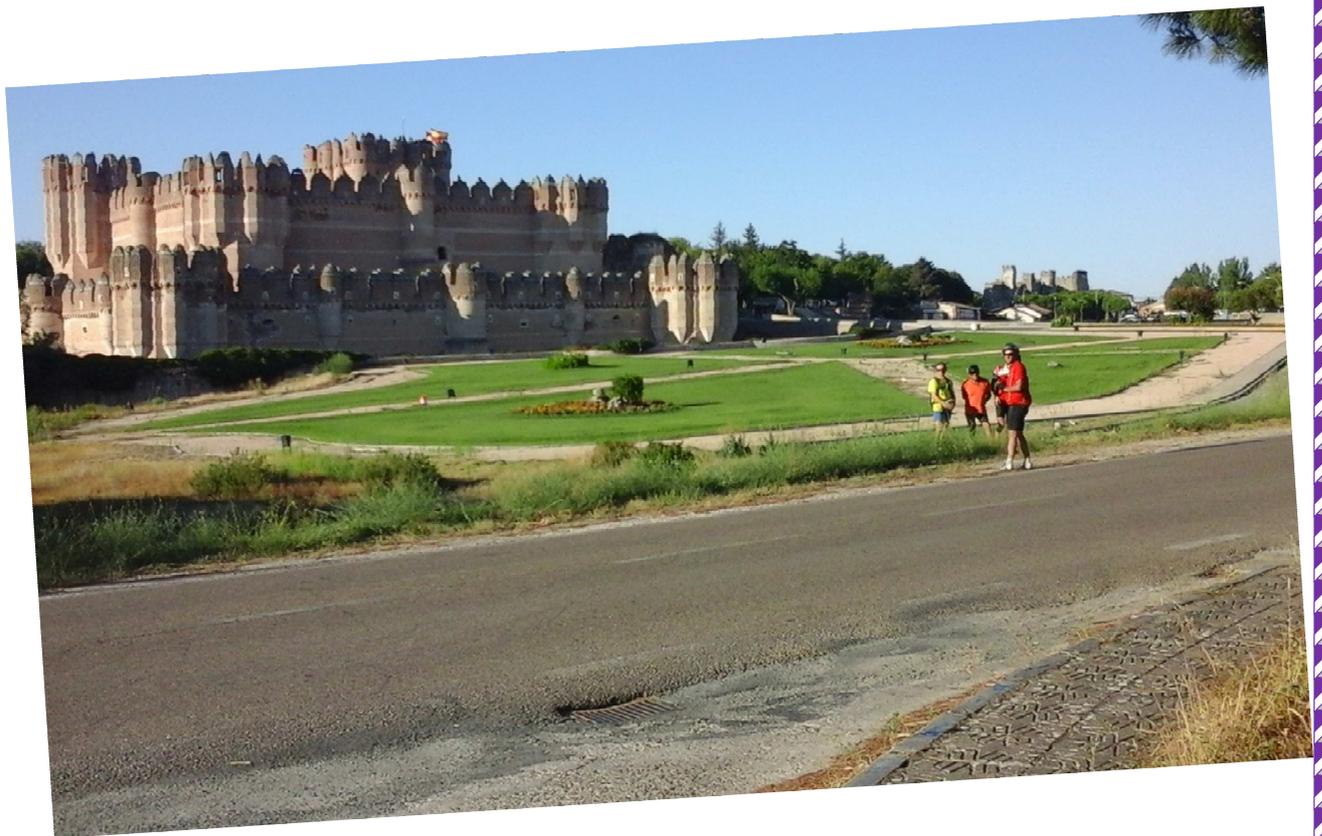
cruzados por mil caminos. Llegó un momento en que ya no vimos más flechas amarillas; ya no sabíamos ni por donde ni hacia dónde íbamos. Luego nos enteraríamos, que la guardia civil hace unos días, a la una de la madrugada



tuvo que salir a rescatar a unos ciclistas que no pudieron encontrar la salida de este laberinto. Por fortuna, nos cruzamos con una especie de pista forestal, de trazado rectilíneo y sin arena. Decidimos que lo mejor era ver a donde nos dejaba y después decidir. Nos llevó hasta la carretera

que va de Nava de la Asunción a Santiuste de San Juan Bautista, más cerca de Nava, pero escogimos ir hacia Santiuste y luego Coca.

El trayecto hasta Coca fue todo por carretera. Impresiona de este pueblo, el enorme castillo que lleva su nombre y que es una atracción de la zona. Contactamos con el albergue y en unos minutos estábamos aposentándonos para pasar la noche. Sin demora fuimos a un súper cercano antes de que cerrara, para comprar provisiones para cenar y el desayuno puesto que mañana estaría, como siempre, todo cerrado y tendríamos que pedalear en ayunas. La noche era cálida, por lo que sacamos una pequeña mesa y sillas y cenamos en la calle. Cambiamos impresiones sobre la dureza de la etapa de hoy y la de ayer. No hubo consenso, para unos como Saúl, la sed con el calor y el recorrido de la tarde fue más duro que el subir al Puerto de la Fuenfría y el paso por los arenales. Es cuestión de sensaciones, por lo que sin duda y sin matices, ambas etapas fueron duras.



3ª- Miércoles, 29 de julio:

Coca - Medina de Río Seco 109 km

El albergue tiene los servicios en la planta baja y las habitaciones en uno superior, accediendo por unas escaleras de madera que chirriaban estruendosamente, por lo que usar el servicio con la gente durmiendo es prácticamente tocar diana. La noche fue calurosa, sólo de madrugada se movió un poco de aire fresco. Las bicis las habíamos guardado en un corral y nos fue imposible abrir el candado de su puerta, por lo que nos tocó levantar de la cama al encargado que cuando llegó ya habíamos conseguido abrirlo. Desayunamos y partimos hacia Villeguillo siguiendo el



consejo de la hospitalera, una señora mayor que sin preguntarle nada nos dio informes de todo. Nos dijo que el camino era un arenal impracticable y que nos costaría tiempo hasta llegar a un terreno en condiciones. Nos contaba muy orgullosa que el emperador Teodosio nació en Coca y que estaban preparando el cambio de nombre del pueblo a su denominación antigua Cauca. Llegamos a Villeguillo por la carretera, acompañados por un aire fresco que nos acompañó toda la jornada y que haría la marcha placentera. Durante unas horas fuimos con Javier otro ciclista que coincidió con nosotros en el albergue. Aunque no se hizo muy largo, entre Villeguillo y Alcazarén de los arenales no nos libramos. Almorzamos bajo la sombra de un enorme pino junto al Eresma, pegados a la carretera N-601. Después el camino se metió entre campos de cereal segados y

suaves cuestas hasta llegar a Ciguñuela; aquí tuvimos que subir una pendiente considerable bajo un sol de justicia; fueron los cinco minutos más duros del día junto a la ascensión en Simancas hacia su Plaza Mayor. Comimos en Ciguñuela, en un restaurante con cocinera titulada, al menos eso indicaban todos los diplomas que llenaban una pared; de hecho comimos bastante bien. Nada más terminar de comer, tuvimos que arreglar de nuevo un pinchazo de Jesús que se estaba erigiendo líder en reventones.

El camino de nuevo se salpica de alguna que otra pendiente incordiante, de hecho llegamos a Peñafior de Hornija por un barranco que hay que atravesar bajando y después ascendiendo hasta las primeras calles del pueblo, pero es tal la pendiente que ni un ciclista profesional podría ascenderla, de nuevo nos tocó empujar la bici. Al atravesar la población te percatas, que lamentablemente este es un pueblo hundido en los efluvios del pasado más trágico del país. Una vez atravesado el pueblo, el camino sigue con pendientes algo exigentes y sus oportunas bajadas. Finalmente tomamos la carretera que nos deja en la entrada de Medina de Rio Seco, donde se encuentra el Convento de Santa Clara que es albergue de peregrinos. Albergue moderno, bien equipado y de mejor trato. Nos dieron una tortilla y una lata de atún grande para cenar y que si nos hacía falta cualquier cosa que se lo dijéramos. Compramos en un súper y nos hicimos la cena en la cocina, no sin pensar en la ocasión pérdida de pasear por las calles monumentales y rústicas de esta población.



4ª - Jueves, 30 de julio:

Medina de Rio Seco - Mansilla las Mulas 109 km

Nos levantamos a la hora de siempre, desayunamos en la cocina de la compra realizada ayer. La mañana amenaza lluvia y hace frío, pero el protagonista matutino va a ser el viento que sopla de costado. Pasamos al otoño de un día para otro. Nos comimos un bocadillo en una plaza de Villalón de Campos, donde también buscamos un taller de bicicletas, que precisamente hoy el dueño se había ido a Palencia. Debido a esta necesidad de encontrar un taller de bicis para solucionar el problema de la bici de Juanjo que no puede cambiar de plato desde el final de la primera etapa; él y Jesús irán a Sahagún por carretera, mientras el resto lo hará por el camino de los peregrinos. Gracias a ir directos, se encuentran el



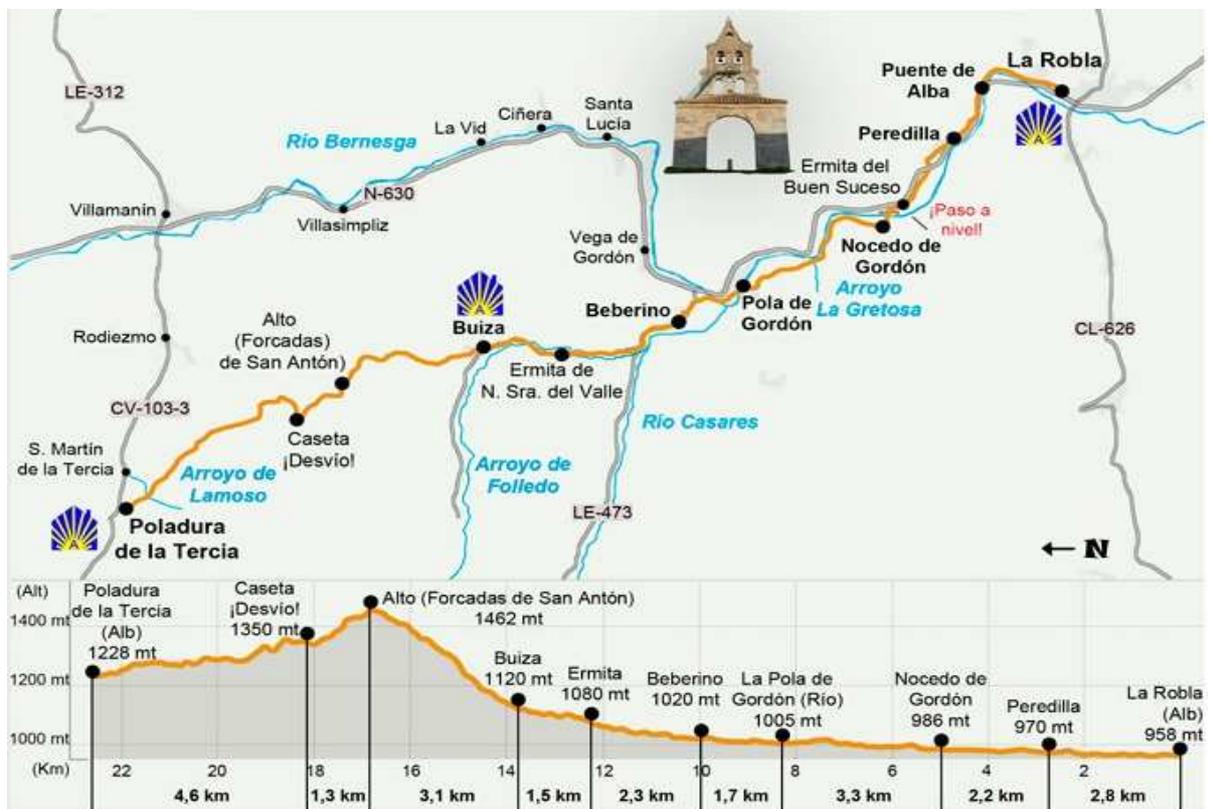
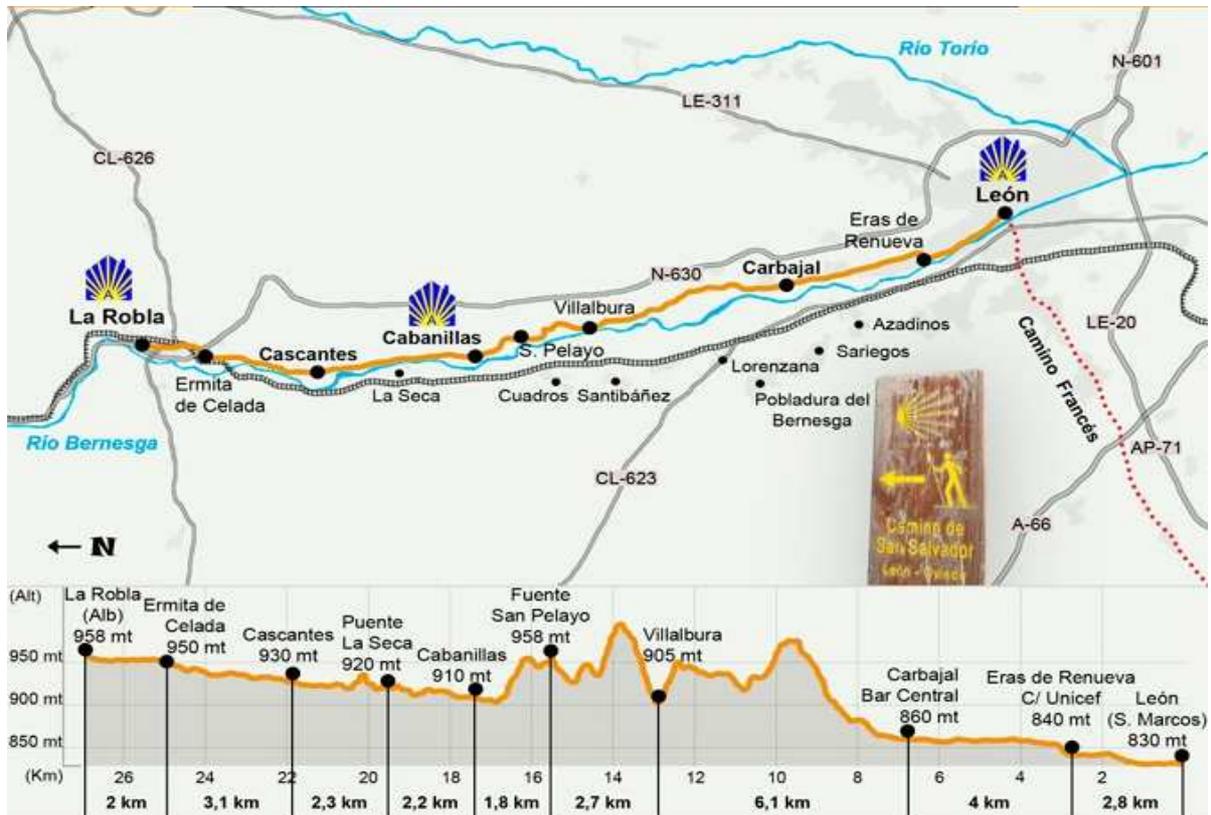
taller a punto de cerrar, eran casi las dos de la tarde. De todas formas la reparación no la harán hasta las cuatro y media de la tarde como se comprometió el dueño. Sobre las dos y media nos reagrupamos y fuimos a comer al mesón La Codorniz, en la misma calle por la que discurre el camino. Comimos por doce euros, nada

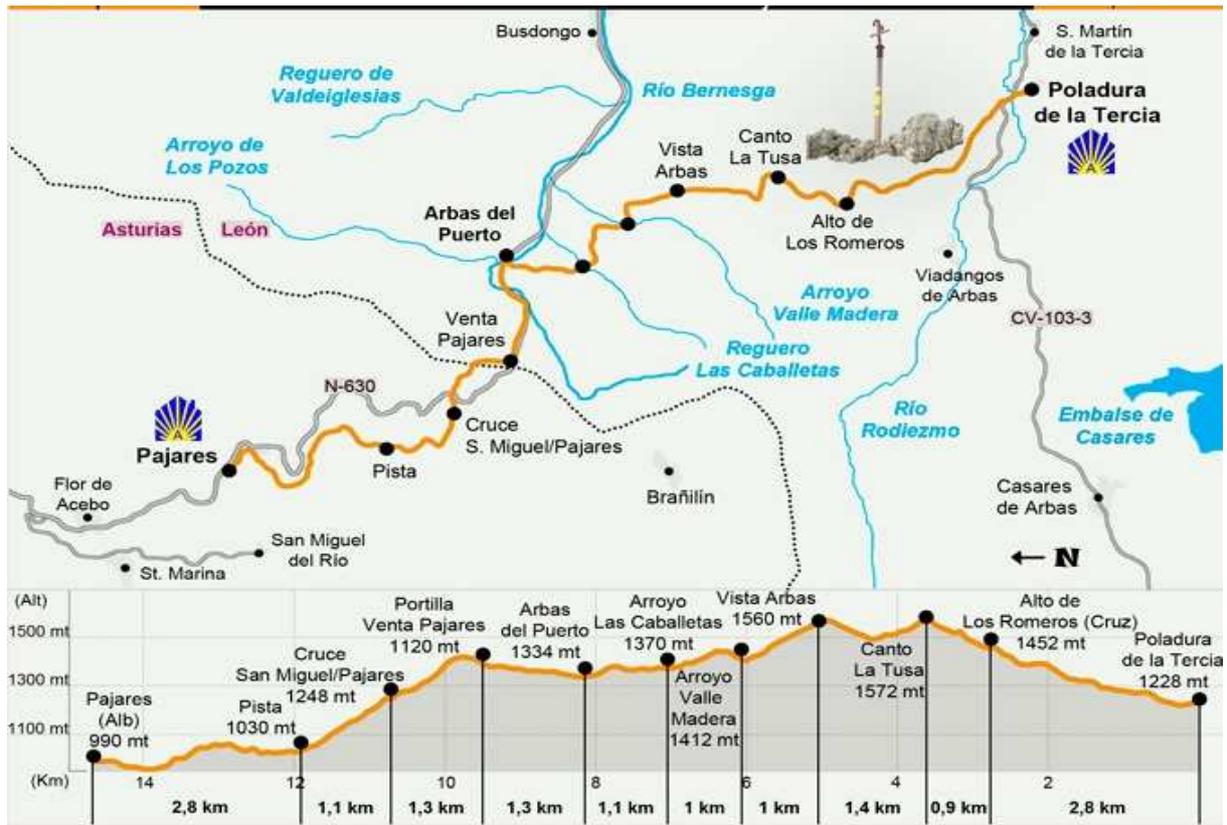
especial. Luego nos acercamos al taller y en media hora repararon la bici. Pusimos rumbo a Mansilla de las Mulas y prácticamente fuimos todo el recorrido por la carretera pegada al camino, sin tráfico y en descenso. Excepto Rafa que lo hizo por el camino, más bien senda, y por apartarse de la concordia fue castigado con un pinchazo, pero siguió erre que erre. Sería el tramo más cómodo de todo el camino.

Sobre las ocho llegamos a Mansilla y nos hospedamos en un albergue pegado al camino y a un cruce de carreteras que va hacia León y Valladolid. Cenar, dormir y desayunar veinte euros. Para Saúl esta etapa ha sido un aburrimiento y no le falta razón. Pese al incordio del viento mañanero, la tarde fue soleada, sin calor y con poco esfuerzo, lo que viene bien para cierto descanso activo, aún faltan muchos días de marcha y habrá lugar para el sufrimiento y el agobio.

5ª - Viernes, 31 de julio:

Mansilla las Mulas – Pajares 90 km





Durante la madrugada estuvo lloviendo y el ambiente se hizo invernal, pero aun así, los ventanales del dormitorio permanecieron abiertos sin que nadie los cerrase pese a la corriente de aire frío que entraba. Al desayunar apenas chispeaba, pero se presagiaba que iba a ser un día pasado por agua y frío. Al poco de ponernos en marcha se puso a llover; más tarde el cielo se fue clareando y poco antes de llegar a León dejó de llover y apareció el Sol. Fuimos directos a la catedral y después de unas fotos, con un joven que se prestó a realizar con mucho interés desinteresado, seguimos las marcas del suelo que nos llevaban a la Plaza San Marcos, donde desde sus aledaños empezaba el camino de San Salvador.



No vimos reseña alguna para seguir, por lo que preguntamos a un vecino del lugar que nos aconsejó por donde ir para tomar dicha ruta. Así lo hicimos y llevamos a cabo. Antes de abandonar León compramos para tomarnos un bocadillo y llevar reservas. En las últimas edificaciones de la ciudad,

en un amplio manto verde nos tomamos los bocatas, generosos como siempre, para tener alejada la desazón de las posibles pájaras y hacer frente a todo lo que tenga que venir que no iba a ser poco y sencillo.

Después de unos km por asfalto, el camino se hace pedregoso y se iza con avaricia. Subir y bajar hasta que llegamos a una colina impracticable e imposible para la bicicleta. Tuvimos que tirar de ellas



como en días anteriores. Después un largo descenso por terreno lleno de piedras, cárcavas y barro, con el río Bernesga al fondo, pura naturaleza. Llegamos a la aldea de Cabanillas, donde al poco de salir, Jesús rompe la cadena. Aproximándonos a La Robla empieza a llover de nuevo, por lo que tomamos la carretera para llegar cuanto

antes a dicha población. Cuando nos metíamos en el restaurante El Pinar para de llover. Comida fatal con buen servicio. Mientras comíamos cayó un diluvio La muchacha que nos atendió nos advirtió que en Pajares encontraríamos niebla. Ir hacia el norte por el camino, totalmente desconocido para todos, era además de arriesgado por la tormenta, impracticable por el barro y extraordinariamente difícil cargar con la bici en pendientes imposibles. Acordamos tomar la carretera nacional a Oviedo, con la amenaza constante del chaparrón.

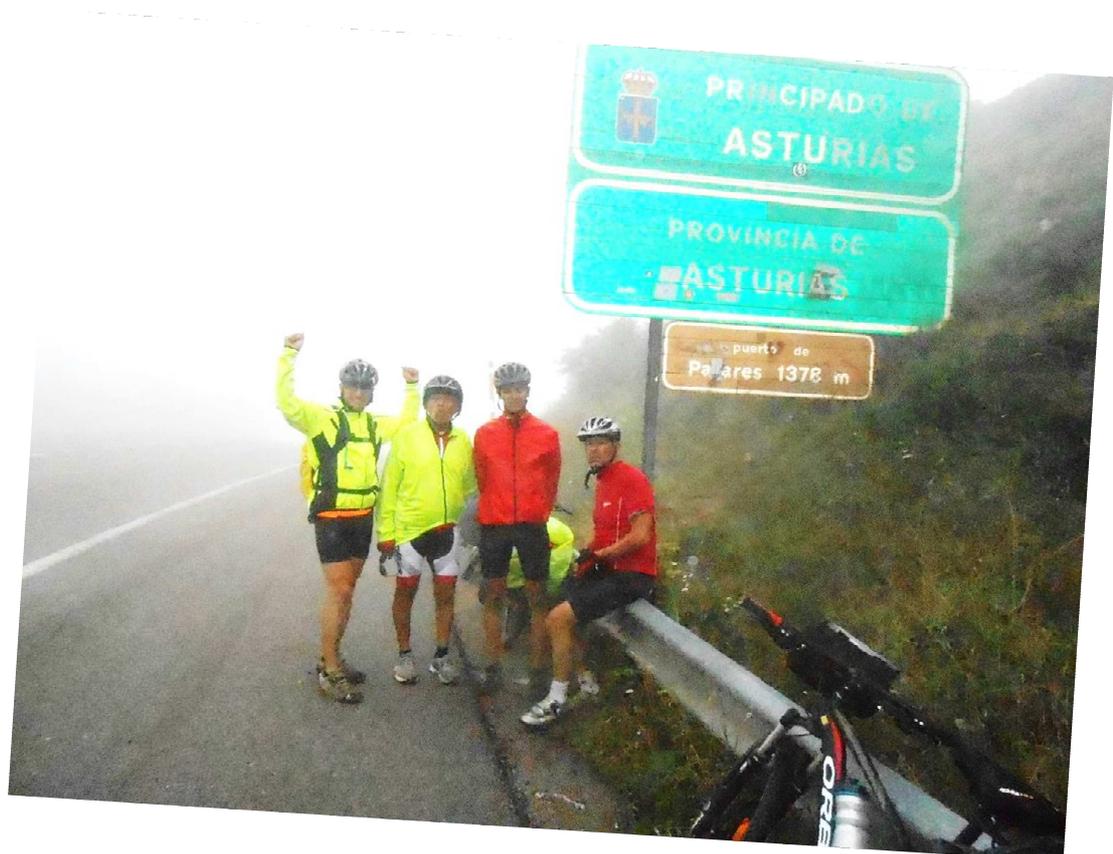
La carretera es un continuo ascenso, progresivo y constante con alguna bajada. La lluvia nos respetó por fortuna, pero ya cerca de Pajares volvemos no al otoño, sino al invierno. Un viento frío envuelto entre niebla y agua nos recibe unos km antes de llegar al puerto de Pajares. La visibilidad es escasa en un arcén insuficiente y con una canalización de medio metro de profundidad junto al arcén, que da tanta inseguridad como el tráfico. Dadas las condiciones atmosféricas, es sin duda el trayecto más peligroso que se pueda realizar. Pero descendiendo el puerto, el riesgo es aún mayor, la bicicleta se embala ante un descenso imperioso con porcentajes del diecisiete por cien. La parte por la que hemos ascendido no tiene que ver nada con la vertiente que descendemos, por lo que con un piso mojado y con el freno siempre prieto, a cada curva puedes esperar ir al suelo por mucha precaución que tomes. De hecho tuvimos más de una caída en la que la fortuna estuvo a



nuestro lado. Aunque al regresar a casa nos enteramos que la caída de Jesús tuvo como consecuencia la rotura de la muñeca. Realmente se hizo muy largo y angustioso llegar a la villa de Pajares. Llegamos totalmente empapados y helados, afortunadamente la encargada del albergue nos facilitó todo para reponernos rápido y

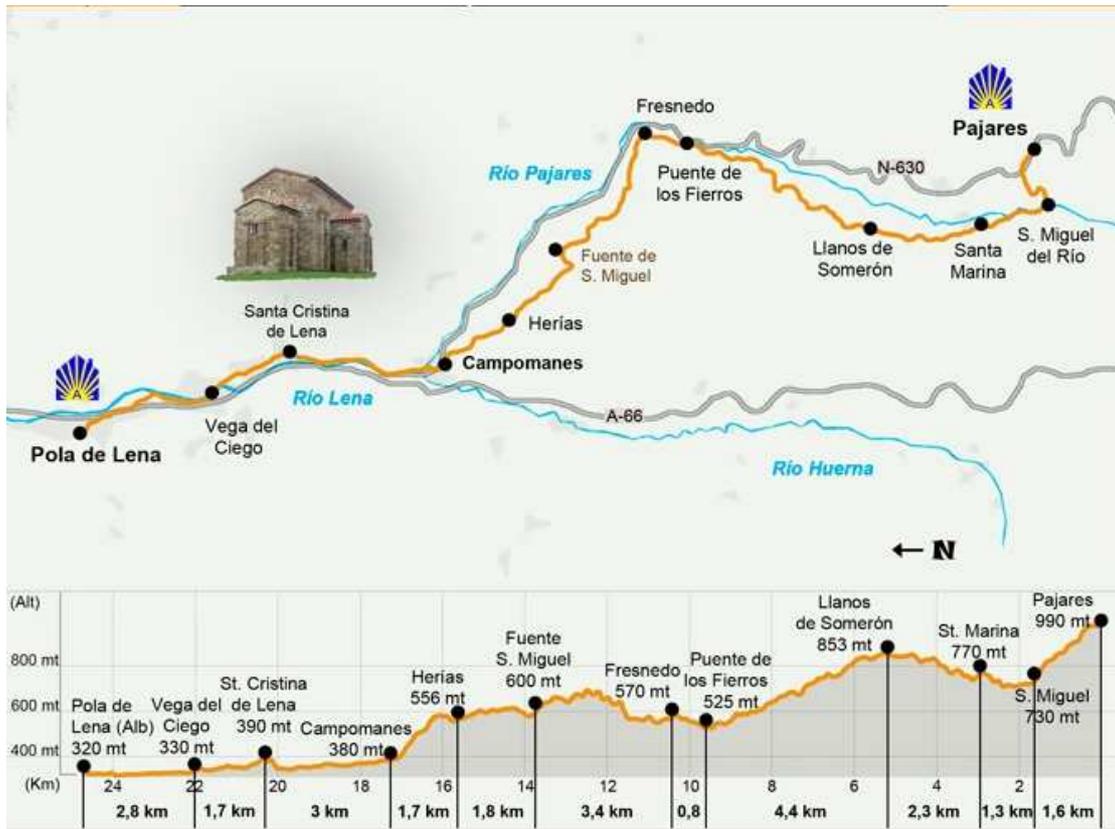
habilitar el acomodo imprescindible pese a estar el albergue lleno, alguno tuvo que dormir con una colchoneta en el suelo.

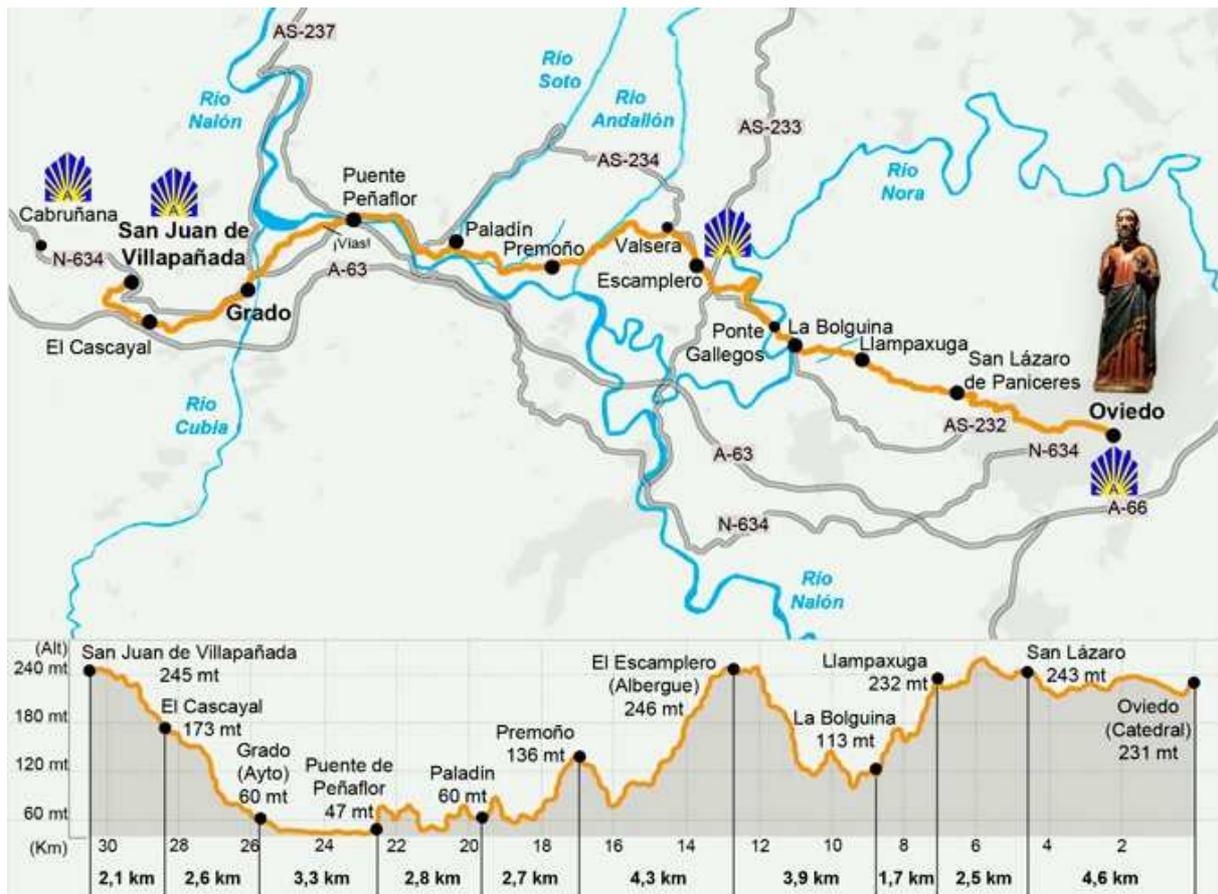
Cenamos en el único bar de la villa pegado a la carretera. El ir al bar y volver al albergue se hizo interminable por la sensación de frío, pues no teníamos la ropa apropiada. Cenamos muy bien, demasiado, pero el ambiente invitaba a ello. Al poco tiempo de regresar al albergue, éste se llenó de vecinas para jugar al bingo. En la sala no cabía un alma. Nos fuimos a dormir mientras cantaban líneas y bingos. No nos enteramos de cuando acabó el juego, seguramente porque además de que las habitaciones estaban en el piso de arriba, procuraban no hacer ruido.



6ª - Sábado, 1 de agosto:

Pajares – Cabruñana 97 km





Durante la madrugada, se notó una fuerte bajada de las temperaturas debido a que la calefacción se apagó. Como consecuencia la ropa no se secó. Donde cenamos, nos informaron que hasta las diez no abrían, por lo que tomamos cafés, chocolates y pasteles de una dispensadora ubicada en el albergue. Afortunadamente salió un buen día, pero no nos libró del frío que pasamos descendiendo el puerto. Las manos se quedaban congeladas, hasta que por fin bajamos del todo y paramos a tomar algo caliente sentados al Sol. Lo único bueno de este local que presumía de desayunos, fueron los cafés con leche, porque las tostadas no eran tostadas, fatal.

Optamos por la carretera, porque presumíamos que por el camino sería imposible o exageradamente penoso dada la lluvia acaecida. El resto del viaje hasta Oviedo lo hicimos primero por una carretera



secundaria, paralela a la autovía hasta desviarnos por Pola de Lena y Mieres. Un poco más adelante, por supuesto teniendo que preguntar, cogimos un carril bici que nos dejaría prácticamente en Oviedo. Pero no fue tan sencillo, tuvimos que someter alguna que otra pendiente exigente y, por supuesto, cruzar una innumerable cantidad de aldeas o parroquias; siempre con estupendos paisajes e imaginando con la vista en la lejanía la ubicación del Angliru.

Prácticamente fuimos rectos a la catedral, pero antes de llegar paramos a preguntar dónde comer, pues ya eran más de las dos y media. Sin llegar a preguntar, una señora nos oyó y nos aconsejó la zona del mercado, muy cerca, a Casa Amparo que dan muy bien de comer y a buen precio. Allí fuimos, pero el buen precio eran dieciocho euros, por lo que dimos una vuelta por la zona que estaba bulliciosa, repleta de restaurantes y toda clase de establecimientos. Comimos en la calle, con todo el ambiente, para no perder detalle y tener vigiladas las bicis. Después nos acercamos a la catedral y a saludar a la Regenta que está en su entorno. Desde la catedral salen indicaciones tanto para el Camino del Norte, como para el Camino Primitivo con conchas metálicas fijadas al suelo y las típicas flechas amarillas. Está bien señalizado, pero no hay que correr demasiado porque puedes no ver alguna. Nada más dejar Oviedo, la primera pendiente considerable, con calor y como de costumbre



después de comer. Así, entre subidas más o menos exigentes y bajadas, tanto por asfalto como por tierra, llegamos al albergue de Cabruñana cerca de Grado. Para llegar desde esta población al albergue, cerca de 3,5 km, tuvimos que salvar cinco pendientes de las más exigentes del camino, diría que una tendría el treinta por cien, exagero pero eso diría. El caso que el km y medio final, no había manera de acabarlo, cada cartel que veíamos decía siempre km y medio al albergue que nunca llegaba. Luego entendimos el porqué de estos km tan largos, es una estrategia del alberguero para que

los peregrinos no vayan a otro que está antes y que está en el mismo camino.

El albergue estaba hasta los topes, de hecho el encargado nos dijo que no había plazas, pero no hizo falta insistirle mucho, nos pidió paciencia que lo iba a solucionar. También puso pegas para guardar las bicicletas, pero de la misma manera encontró la solución, todo perfectamente ensayado. Este señor, al lado del albergue tiene un restaurante, el único del contorno por lo que no había más remedio que pasar por él. Pensamos que no tenía ni cocinero ni ayudantes, los platos los debía de obtener de algún establecimiento de bodas, donde compraba todo lo que sobraba, sólo tenía que calentarlo y servirlo. Había un montón de platos que elegir y no tenía cocinero. Nos es difícil deducir que la cena fue una catástrofe. Aunque Rafa se quedó extasiado de lo bueno del pan, un trozo descongelado, redondo y que el individuo llamó pan. Y el albergue ídem, un desastre: colchonetas viejas que te absorben, sin papel higiénico, descuidado y en aras del abandono. Para rematar el ambiente, por la noche ronquidos, mosquitos y la ropa que no se secaría.





Sobre las seis empezaron a sonar despertadores y hasta una hora después no pararon, a alguno le costaba levantarse. Nos quedamos solos y a las siete y media empezamos a levantarnos. Fuimos a desayunar, ¡y cómo no!, tostadas de pan bimbo, según el artista porque es que por aquí no hay otra cosa. Eso sí la leche era blanca y parece ser que era de ese líquido que hacen las vacas, al menos eso parecía. Antes de partir tuvimos que arreglar un pinchazo, esta vez de Juan.

Sobre las nueve partimos con la previsión de un día caluroso, de momento hacia algo más que fresco, sobre todo comenzando bajando un par de km por carretera, hasta desviarnos a coger el camino verdadero que dejamos por llegar a este albergue. Ninguno nos percatamos de una flecha que pasamos de largo y al ver otra que indicaba en el sentido que veníamos, caímos en la cuenta que en algún lugar hemos pasado por el desvío. Lo malo es que habíamos subido un par de cuestas algo molestas con sus respectivas bajadas que ahora teníamos que subir. Enseguida llegamos a una pequeña senda con su flecha amarilla. Subir y bajar entre espesas arboledas, que impiden que el Sol llegue al camino lleno de piedras y pedruscos que obligan a bajar de la bici, tanto en algunas bajadas como en pendientes bien tíasas.

Al llegar a Salas, compramos para almorzar en una tienda que estaba abierta pese a ser domingo. En un parquecillo, por llamarle de alguna manera, pues los bancos y columpios estaban rotos y donde podían crecer flores estaba lleno de matorrales secos, nos comimos tranquilamente el bocata consiguiendo a la sombra de una pequeña ermita y junto a una fuente.



La salida de Salas es muy exigente, como de costumbre después de tomar algo. Tenemos que subir sobre ocho km, a veces cargando la bici, unas veces por el abrupto firme y otras por el desnivel exagerado o ambas cosas. El camino se esconde del Sol que aprieta firme, pero la marcha por este trayecto que parece un escondite, es llevadera e incluso nos permite disfrutar de un aire fresco. La única objeción es el exceso de humedad que con el esfuerzo es como si pasásemos por el chorro de la ducha. Nos cruzamos con varios grupos y gente en solitario; pese a su dureza el camino vale la pena vivirlo.

Al Pasar por Tineo era la hora de comer. Comimos en una especie de balconada con vistas al monte, aunque nos sentamos en el interior del restaurante porque fuera era demasiado sofoco. Debido a la hora no tuvimos más opción que comer en este local que no estaba preparado para menús y que por supuesto, variedad mínima. Todo muy salado,



fabes con marisco o potaje y de segundo nada saludable. Estábamos en la parte vieja origen de la población, con edificios típicos de la zona echados a perder en un estado lamentable de derribo total.

Antes habíamos pasado por un albergue de cuatro estrellas con menú de plato único a diez euros. Un hombre que estaba en la puerta con una copa de vino y algo templado, que no sabemos si trabajaba ahí o era



dueño o qué, se enrolló con nosotros de lo bien que se estaba y se comía en dicho albergue. También nos indicó cómo encontrar el camino, que después de comer lo encaramamos a través de una subida asfixiante, tanto por el calor como por la barriga llena.

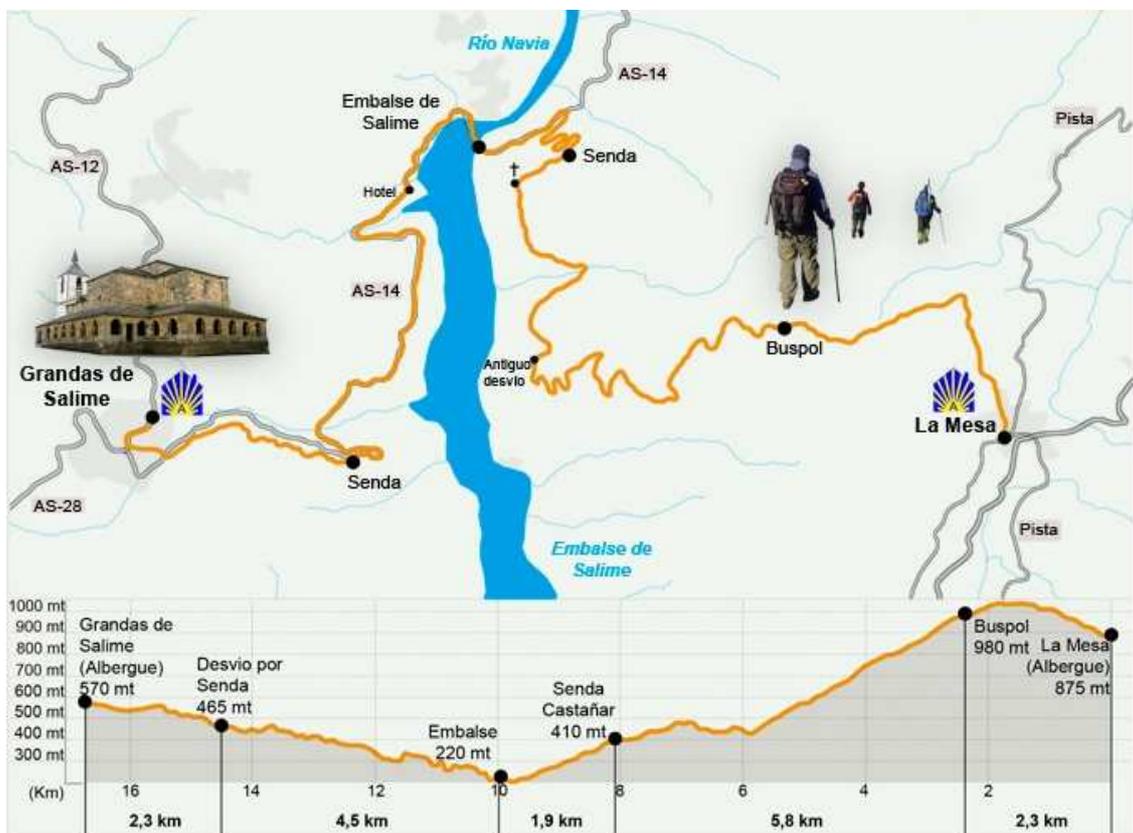
Al igual que por la mañana, la tarde es muy exigente. Excelentes paisajes y tramos impracticables. Por fortuna, al descender rápido por un tramo de carretera, no nos percatamos del desvío al camino. Un par de km más abajo, en el lugar preciso, preguntamos a un vecino y éste nos recomfortó diciéndonos que nos hemos librado de una buena, de un descenso peligrosísimo e imposible para las bicicletas. Retomamos el camino enseguida, por el Monasterio de Santa María La Real de Obona, que teníamos a la vista y al cual teníamos que descender por asfalto. Nos tuvimos que parar en el monasterio porque Juanjo pinchó en una de sus ruedas anti pinchazo y que tuvo que cambiar. Entre ascensiones cargando la bici o rodando, salimos de nuevo a la carretera que nos deja en Campiello.

En principio fuimos al albergue Herminia, desde éste vimos al otro lado de la carretera el albergue Ricardo. Preguntamos en ambos y nos decidimos por Ricardo, esta vez acertamos de pleno. Albergue recién estrenado, con todos los electrodomésticos y cocina. Y una habitación para nosotros solos. La Herminia se enfadó, no se tomó a bien nuestra elección. Tanto el sr. Ricardo como su hija nos dispensaron un trato mucho más que excelente o exquisito, muy difícil que alguien lo equipare en el futuro: atentos, sencillos, serviciales y una inquietud permanente por el bienestar del cliente. Obviamente la cena mejor que ningún día, más dormir y desayunar por dieciocho euros y medio.



8ª - Lunes, 2 de agosto:

Campiello – A Fonsagrada 81 km





El día amaneció envuelto en niebla, con un cielo gris casi negro. A las siete y media fuimos al bar enfrente del albergue, donde desayunaríamos, al igual que en la cena, con toda la atención y el buen hacer que es posible desempeñar. Al marcharnos saludamos al sr. Ricardo que nos predijo un buen día a la vez que nos deseó suerte.

Al ponernos en marcha notamos frío. Después de un corto descenso por la carretera, el camino se adentra por espacios sombríos y cuestas exigentes salpicadas por excrementos de vaca, que a veces cuesta esquivar. Enseguida se percibe la exigencia de la etapa de hoy que nos lleva a hacernos una idea de lo que todavía nos espera. Llegamos a una bifurcación del camino, una va hacia la Pola de Allande y otra por el camino conocido como Hospital, que según dicen es el auténtico camino Primitivo. En este punto paramos para reagruparnos, pero Rafa y Jesús tomaron otra dirección, hacia La Martuera. La cuestión que acordamos vernos en dicha aldea. Nos cruzamos con un lugareño que nos puso las cosas muy mal, como que reagruparnos nos llevaría horas. Sin embargo, fue despedirnos del hombre y para nuestra sorpresa, después de menos de un km divisamos a Rafa y Jesús ascendiendo una dura pendiente a menos de un km de nosotros, de hecho conseguimos llamar su atención.

Reagrupados y concentrados vamos haciendo frente a una ruta que no deja de ascender hacia un entorno salvaje y de pura naturaleza donde el camino queda expuesto totalmente al Sol, aunque aliviado por una aire fresco que insufla ánimo para el esfuerzo a realizar.



Coincidimos con varios grupos de peregrinos, que como nosotros, tenían en mente la amenaza del recorrido de hoy, ya que había que llegar al Alto del Palo, sin duda la mayor

exigencia de este camino Primitivo. De hecho, para ciclistas la opción es ir por la carretera. Topamos con un tramo más que empinado e impracticable, a parte de otros que también hay que bajarse de la bici por sus firmes escabrosos o exagerados desniveles. Pese a todo, algunos volveríamos a pasar por los mismos lugares. Entorno espectacular y casi virgen, para permanecer admirando horas. Cosa que no llevamos muy bien, pues lo nuestro es devorar km y cavilar sobre la marcha, pasando de una fugaz mirada al paisaje a bramar por la siempre inoportuna subida o bajada tortuosa que te aísla del disfrute del entorno. La llegada al Alto del Palo es el final de esta dura ascensión, pero que por el camino llegamos en descenso. En la cima el camino va paralelo a la carretera, iniciando un descenso fortísimo que nosotros decidimos, con sensatez, realizarlo por la carretera.

Descendimos rápidamente hasta parar en el bar Serafín, necesitábamos reponer líquidos y rellenar bidones.

Reprendimos la marcha cuesta abajo hasta cruzar una



presa donde la carretera vuelve a erguirse exigente con un calor bochornoso que hemos de soportar durante seis km que nos llevan a Grandas de Salime. El pueblo estaba sin un alma, las calles vacías con adornos festivos, por lo que pensamos que estarían de romería o algo especial. Paramos a comer, y entre el bocata en un bar y el pulpo en un hostel nos decidimos por el pulpo, que estuvo tierno y muy bueno. Las condiciones del local no son de las más deseables, pero es lo que tiene el aquí estoy, aquí pongo el huevo. El dueño llevaba una camiseta como la bandera de Asturias y su escudo, pero se sentía más gallego que asturiano, esto lo digo yo, nos dijo que aquí sidra no, aquí se bebe ribeiro con el pulpo.

Estábamos muy cerca de Galicia, la cima del Acebo nos informará de tal circunstancia. Otra ascensión dura para rematar la jornada. Conforme ascendemos el aire se hace más frío, lo suficiente como para pensar en abrigarnos en el

descenso. A lo lejos divisamos

A Fonsagrada, gris como la tarde. Para llegar a la población tenemos el último esfuerzo de la jornada, un km de pendiente generosa. No había plazas en ningún albergue por lo que tuvimos que



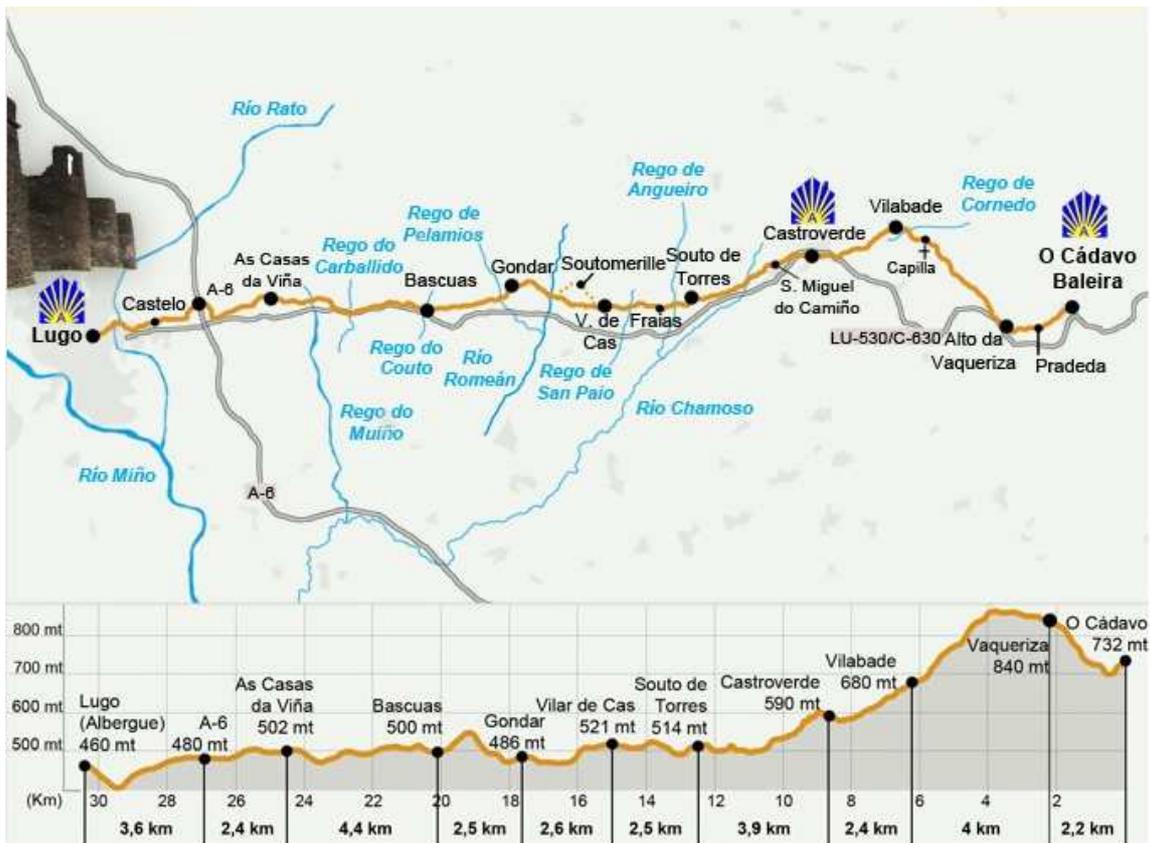
pernoctar en el polideportivo. Fue como anillo al dedo que a la entrada de la población hubiera un taller de reparaciones de coches y bicis, porque algunos teníamos necesidad de ciertas reparaciones: Jesús cambió la cadena, Juanjo una cubierta y Juan pastillas de frenos.

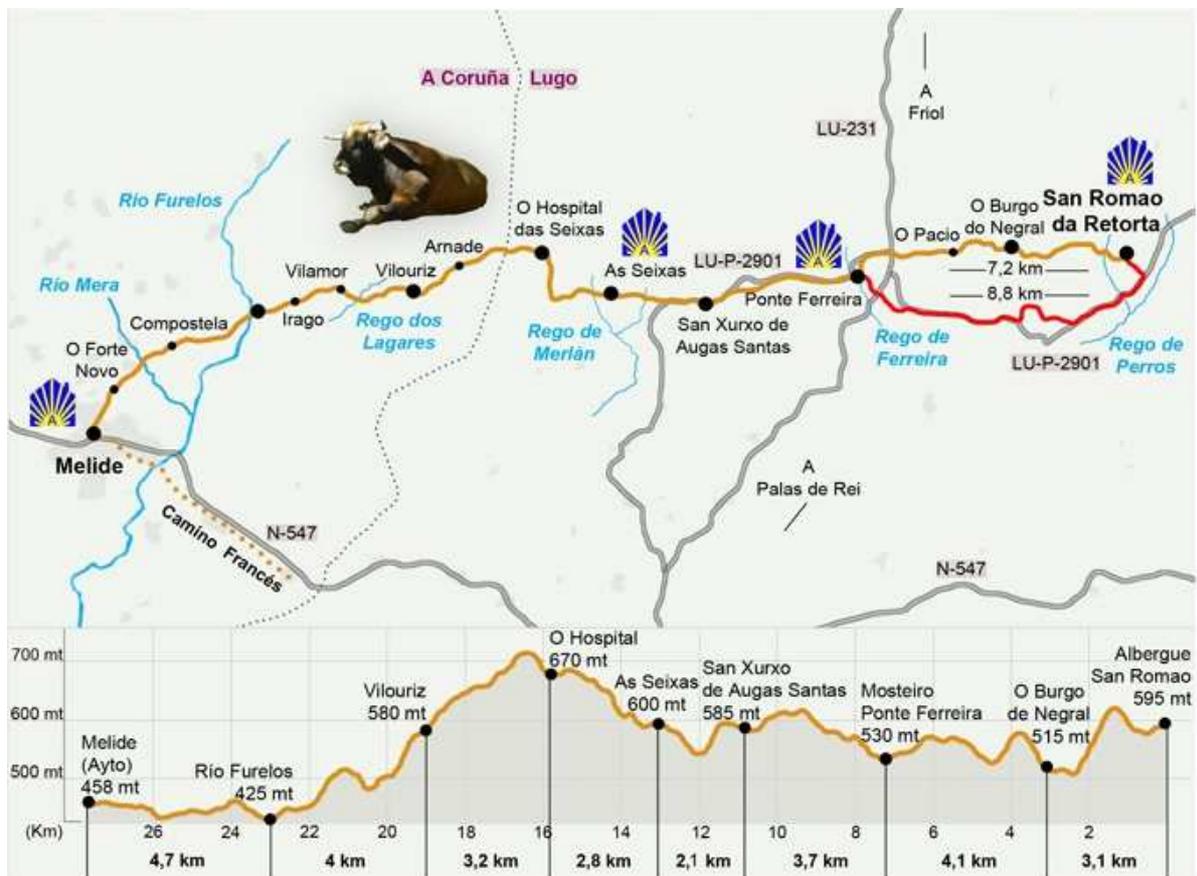
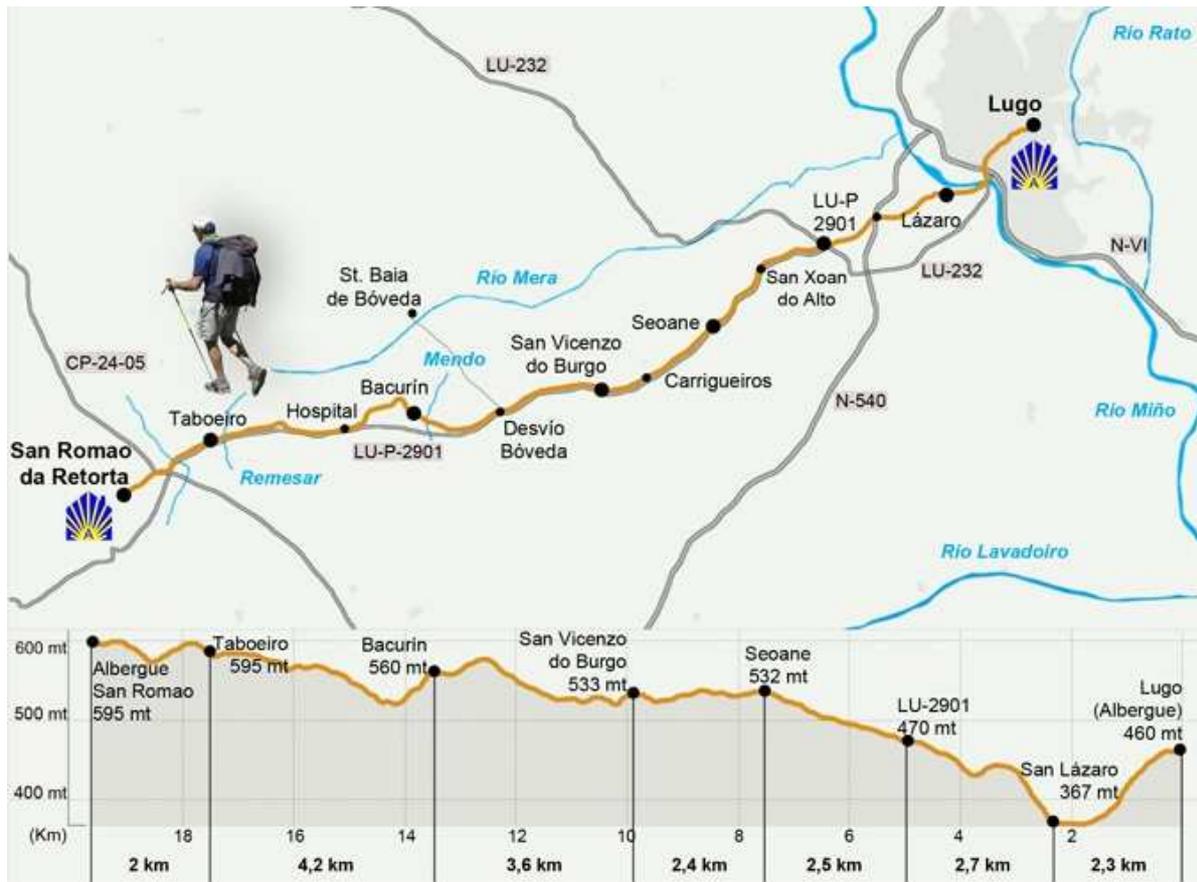
Compramos para cenar y desayunar. Al llegar al polideportivo, había una chica indicándonos que teníamos que ir al vestuario local que el visitante era para mujeres. Después vimos que es que querían estar juntos todo su grupo con chicos incluidos. Algo que nos vino bien también nosotros.

Sin lugar a dudas, no sólo la etapa Reina del camino, también la más sublime por sus impresionantes paisajes y naturaleza que desde ciertas cumbres parece infinita.

9ª - Martes, 4 de agosto:

A Fonsagrada – As Seixas 102 km





Desayunamos, por decir algo, en el vestuario, pero la compra para ello no fue idónea. La mañana con algo de niebla y muy fría; dos km de descenso en los que hay que abrigarse. Tuvimos que subir varios altos, algunos que si no eran puertos nos los parecieron. A la salida de O Cadavo



Baleira, paramos a comernos todo lo que nos sobró de la compra de ayer. No íbamos debidamente alimentados. Al arrancar de nuevo, a unos cientos de metros dejamos la carretera y transitamos por el camino que ya no lo dejaríamos. Más llevadero y con tendencia descendente, pero que no nos libró de

repechos ni de arrastrar la bici en alguna que otra ocasión.

Al llegar a Lugo fuimos a la catedral; luego comimos en un restaurante de la Rua Miño, servicio regular, guarnición a base de patata cocida, la paella casi era arroz caldoso, el pollo recalentado y los platos con cantidad muy justa. Pero no había un alfiler ni en el interior ni en la calle.



Como no podía ser de otra manera después de comer, a la salida de Lugo nos topamos con una pendiente considerable y con un Sol enfadado. La tarde transcurrió tranquila, como siempre entre toboganes de mejor o peor firme pero llevaderos. Con algún tramo mal señalizado que resolvemos sobre la marcha y finalmente con el acucio de encontrar albergue, pues donde preguntamos no había plazas para todos, por lo que seguíamos para adelante. En el siguiente albergue, As Sexias, sólo había plaza para tres. Mélide era siguiente población, pero a punto de anochecer y sin garantías de encontrar lugar, sugerimos que no importaba dormir en el suelo, lo que

la encargada del albergue, una señora bajita, de cartílago y nervio puro, aceptó pero dejando bien claro que en ningún caso, los dos que iban a dormir en el suelo de la cocina, estaban hospedados en el albergue. Esto lo repitió cada vez que la conversación le daba ocasión, esto y que fotocopias de la documentación no valían para identificarse y por lo tanto no se pueden quedar en el albergue, esto lo dijo por la copia del carnet de Saúl. Pero no era tan estricta como daba a entender, porque después de nosotros aún tuvo que dejar usar la instalación a un grupo de chavales que durmieron con tiendas en el exterior, pero haciendo uso de las instalaciones del albergue que había sido restaurado y era moderno con cocina y baños nuevos. La quisquillosa buena mujer nos emplazó a cenar en un bar a cien metros del albergue y que por las mañanas abría a las ocho; allí dimos cuenta de un bue bocata cerca de las diez de la noche.



10ª – Miércoles, 5 de agosto:

As Sexias – Santiago de Compostela 70 km

Sobre las cinco de la madrugada ya había gente levantándose y a partir de las seis y media no pararon de marchar. El cielo estaba oscuro, amenazante y como todas las mañanas hacía frío. A las ocho estábamos clavados en la puerta del bar. Desayunamos debidamente para poner fin a esta singladura de caminos.

Subir y bajar para no perder la costumbre. Quitado un par de subidas la llegada a Mélide fue tranquila. En Arzúa compramos para



meternos unos buenos bocatas, los comimos en un parquecillo céntrico. Desde aquí el camino transcurre entre asfalto y tierra, pasando de un firme a otro durante varios km. Ya desde Mélide se notaba el ajetreo de peregrinos, pero desde Arzúa era una avalancha. Continuamente teníamos que hacernos notar para que nos dejaran paso, tanto en las cuestas como en las bajadas todo el camino era un hormiguero. El último esfuerzo ya estaba cerca, tres cuestas no muy largas pero exigentes se levantan antes de llegar al Monte do Gozo, donde por fin exhalamos el último aliento de esfuerzo.

Bajamos a la plaza del Obradoiro como dicta la tradición. Nos encontramos con la catedral en obras, con unos andamios que para los que la visiten por primera vez o no lo supieran, se llevarían una decepción tan grande como su ilusión, pues la grandiosidad del templo queda en parte oculta entre el entresijo de hierros y plásticos. Incluso las fotos pierden su encanto también. La única ventaja es que renazca la ilusión de volver para encontrarlo todo como uno hubiera deseado. Venir a Santiago es algo más que un placer, sea la primera o la décima vez.

